

INVERTING

HUMANS

**INVERNO
HUMANO**

**KIKO
LABIANO**

Primera edición, diciembre 2014

© Kiko Labiano, 2014

© Triskel Ediciones, 2014

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

ALL RIGHTS RESERVED

978-84-943146-4-3



TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5, 3ºB

41009, Sevilla, España

Triskelediciones@triskelediciones.es

www.triskelediciones.es

Diseño cubierta: Triskel Ediciones S.C.

EDITADO EN ESPAÑA

PUBLISHED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier media, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

*La vida es una serie de colisiones con el futuro;
no es una suma de lo que hemos sido,
sino de lo que anhelamos ser.*

José Ortega y Gasset

PRÓLOGO

Popom popom. Su corazón parecía a punto de estallar. *Popom popom.* El vaho emergía de su boca más y más deprisa, tratando de escapar de la inminente muerte de su dueño. *Popom popom.* Sus ojos llorosos, y la densa y fría neblina, dificultaban su visión. *Popom popom.* La fina capa de nieve crujía, comprimiéndose bajo las pesadas botas de cuero. *Popom popom.* Pensaba en los que dejaba atrás: en los suyos y en los otros. *Popom...Popom....¡Bang!...*

El estruendo de la bala escupida por el rifle llegó antes de lo esperado. Eso pensó tras ver cómo el proyectil se incrustaba en un árbol a escasos centímetros de su cabeza. Las astillas salpicaron su cara y le obligaron a cerrar los ojos, pero apenas notó cómo algunas se le clavaban en el rostro.

Corrió como nunca antes lo había hecho. Poco importaba el peso de la mochila, el sudor que se pegaba a la raída camisa a cuadros bajo su cazadora o que las piernas le ardieran de dolor. El pobre caballo de peluche le golpeaba en su frenético braceo y le estorbaba más que nada, pero no lo dejaría atrás. A él nunca.

Pensaba en una salida cuando escuchó el segundo disparo. Esta vez el proyectil impactó demasiado cerca. Sintió el calor de la bala a pocos milímetros de su sien mientras el sonido reverberaba en sus oídos. Los ladridos de los perros se escuchaban cada vez más cerca. Sentía su rabia. Lo estaban alcanzando. No lo conseguiría. ¿Y si se entregaba? Quizá no le hiciesen nada; no. Imposible. Le estaban disparando: querían matarle. Nada más. No había motivos para cogerle vivo. No valía nada. Ni siquiera sabía por qué gastaban más de una bala en él.

Ya no le importaba morir. ¿Por qué corría? No tenía nada. Ahora ya no. Le habían arrebatado a su familia. En su rostro se dibujó una media sonrisa al pensar en el placer que supondría morir. Ya no habría sufrimiento. Se acabaría la agonía constante de no tener nada que comer. Y, sobre todo, se extinguiría el perpetuo frío de aquel mundo.

Pero el destino volvía a ser cruel con él. La sonrisa se le borró de la cara. Por encima de los ladridos, gritos y disparos escuchó un rumor creciente.

«¡Agua!», pensó.

Siguió corriendo y, pocos metros más adelante, apareció el río. Tenía poco más de

diez metros de anchura pero la corriente era fuerte. Lo suficiente para llevarle lejos de allí. O para ahogarle. Bueno, al menos no le matarían esos desgraciados. Antes de lanzarse al agua miró hacia atrás. Nunca supo por qué lo hizo. Soñaría muchas noches con él. Le miraba frío e impasible. Un ojo cerrado, atravesado por una enorme cicatriz rosada y el otro oscurecido por la oxidada mirilla apuntándole directamente a la cabeza. Era algo más alto que él, ni siquiera un adolescente, pero aquella vieja herida que le recorría la cara le hacía parecer mayor.

Saltó, y el último disparo acabó de escucharlo en el agua, amortiguado. El dolor del golpe contra la superficie helada le sacudió el cuerpo. Su corazón se desbocó, bombeando sangre a sus músculos doloridos. Y, tratando a duras penas de mantenerse a flote, se dejó llevar por la corriente enfurecida.

CAPÍTULO 1

Con una maldición entre los dientes, bajó el rifle de su hombro y corrió hasta la orilla, sólo para confirmar lo que ya sabía: había fallado el último tiro. Aquel mocoso se le había escapado cuando casi podía acariciarlo con la punta de sus dedos.

Siguió con la mirada la corriente con la esperanza de encontrar su cuerpo flotando inerte, pero varios metros río abajo le vio braceando entre las blanquecinas crestas que se formaban en el agua. Se agachó para tocarla y comprobó que estaba helada.

«No creo que sobreviva», trató de convencerse. Caviló si seguirle río abajo, pero enseguida lo perdió de vista. Los perros seguían ladrando de impotencia mientras husmeaban la tierra húmeda sin atreverse a entrar en agua helada.

Pateó el suelo y su vista se posó en la orilla contraria. Los pinos se multiplicaban, desperdigados por el terreno en un orden imperfecto. Sólo alguna planta desafiaba la hegemonía arbórea, en una lucha por crecer en la oscuridad de sus raíces pero con escasas posibilidades de supervivencia.

Un largo silbido bastó para que los tres mastines acudieran a su llamada. Jadeantes y con la lengua rezumando babas, gemían ante la pérdida de la presa.

—Buenos chicos —les consoló palmeando el lomo del mayor de ellos.

Aquello pareció alegrarlo, aunque seguía moviéndose inquieto, olfateando el suelo en busca del rastro perdido.

—Volvamos con los otros.

El camino de vuelta era sencillo. Las señales de la persecución eran evidentes. Cuando vio las marcas de los disparos en la corteza las palpó con suavidad, recreando la escena en su mente. Repasó qué había hecho bien y, sobre todo, en qué había fallado. Aquello no les gustaría.

Siempre había presumido de ser un gran tirador. Desde pequeño había demostrado una habilidad innata, pero acertar a un objetivo en movimiento, aunque fuera del tamaño de aquel crío, no era fácil; y más si se movía en medio de un mar de troncos y ramas. Verificó la mirilla, en busca de una excusa para su error, pero no encontró nada. Estaba como debía estar.

A medida que se acercaba al campamento, el miedo se fue apoderando de él. A

Padre no le iba a gustar nada: le había fallado otra vez. Se sentiría defraudado. Y no solo él. Muchos de los otros confirmarían lo que no se cansaban de decir: que no era más que un estúpido crío. Un chaval débil, que no valía más que para explorar y cazar ardillas. Los odiaba. Los odiaba tanto como se odiaba a sí mismo.

CAPÍTULO 2

En ningún momento estuvo cerca de morir. Su padre le explicó en una ocasión que, justo antes de que la muerte llegara, su vida pasaría frente a sus ojos en segundos. Experimentaría todos y cada uno de los momentos de su existencia. Sus pocas alegrías y sus muchas penas. No, no estuvo cerca, aunque por un momento casi deseó haberlo estado.

Cuando se zambulló en el río, el mundo comenzó a girar a un ritmo frenético. Su cabeza emergía y se sumergía, impidiéndole respirar bien. Sus ojos viajaban de las oscuras aguas a las ramas, unas desnudas, otras cubiertas de hojas, de los pinos, robles y hayas. Los árboles le miraban, impasibles, sin importarles que se ahogara. Juraría que entre el crujir del agua podía oír la risa de aquellos seres centenarios. Pero fue precisamente uno de ellos el que le salvó. En medio del frenesí de olas, un tronco le golpeó en la cabeza y a punto estuvo de dejarlo inconsciente. Tragó agua y le supo a sangre. Se agarró con su brazo derecho mientras el izquierdo sostenía su precioso caballo de peluche. En aquel trozo de trapo, relleno de algodón sucio y harapiento también le iba la vida; lo único que quedaba de su existencia anterior y, aunque él no lo supiera, los únicos restos de su inocencia.

A medida que el río descendía, la corriente perdía más y más fuerza. Aquello le permitió ver a su alrededor. El bosque seguía ahí, sempiterno. A lo lejos las montañas nevadas e inexpugnables. La bruma cubría las cumbres perladas de blanco, emborronando el fin de la roca con el comienzo del cielo. El sol descendía ya y pronto sería de noche. Mientras esperaba a la oscuridad, la cúpula celeste se fue tornando en una amalgama de colores que bailaban desde el púrpura más tenue al naranja más intenso, erigiendo una calidez impropia de aquel clima glacial.

De pronto, una figura se dibujó en la orilla izquierda. Una mancha gris y peluda le observaba atenta. Era un lobo enorme, con un pelaje gris manchado de tiras blancas y marrones. Dos ojos amarillos y profundos reinaban sobre un rostro sereno. Sin duda había oído los disparos y sabía lo que implicaban. Caminaba despacio, siempre a su vera. De vez en cuando lanzaba miradas río arriba, como asegurándose de que no había nadie más que le pudiera arrebatar tan preciada presa. Tras seguirlo durante un

buen rato echó a correr y desapareció entre los árboles.

No sabría decir cuánto tiempo estuvo en el agua, pero no sentía ya su cuerpo. Tenía las extremidades totalmente entumecidas, la cabeza le daba vueltas y no paraba de sangrar. Notó el familiar hormigueo de la sangre tratando de abrirse paso entre las venas. Si no salía del agua moriría congelado.

El río fue expandiéndose y en el margen derecho apareció un pequeño claro en el bosque. Brazada a brazada, llegó hasta la orilla, atestada de suaves cantos rodados. Sus pies tocaron fondo y el alivio de pisar tierra firme dio paso a un dolor intenso. El agua había evitado que sus músculos trabajasen, pero aquello ya no valía; tocaba caminar.

Intentó levantarse, pero sus piernas no respondían: simplemente no podían. Apoyado en las cuatro extremidades, trató de mover el tobillo derecho. Poco a poco, la articulación giró, en círculos lentos pero seguros. Notó como si miles de clavos le penetraran a la vez, pero también percibió la sensación cálida de los músculos trabajando. Siguió con la rodilla, flexionando y estirando, sin prisa pero sin pausa. Pronto anochecería y necesitaba encender un fuego.

Entró en el claro a gatas. El viento había formado un mar de pequeñas dunas sobre el manto nevado y los árboles lo rodeaban en un semicírculo casi perfecto. Buscó alguna señal de refugio o una cueva; algo donde pasar la noche, pero allí no había nada. Tras ponerse de pie, tambaleante, comenzó a prepararse. Se quitó la mochila y la cazadora. Cada movimiento era una lucha y un crujir de músculos y articulaciones. Rebuscó entre los bolsillos la yesca y el pedernal. Sabía en qué bolsillo los tenía, pero allí no estaban. Vacío la mochila sobre la nieve pero tampoco había rastro.

—¿Dónde están? —se preguntó ansioso y asustado.

La noche ya estaba cerca. El sol se había ocultado tras las enormes moles blancas y su fulgor se apagaba lentamente. No le quedaría más de un cuarto de hora de luz. Podía sobrevivir a una bala que le rozara la cabeza, incluso a un río helado y furioso, pero a una noche mojado y a la intemperie no. Nadie sobrevivía a una de aquellas noches sin un fuego que lo calentase. En su desesperación ni siquiera se acordó de que tenía una herida abierta en la cabeza.

Una gota le recorrió la frente, descendió por su nariz, arrastrando suciedad a su paso, y, cuando no tuvo más piel que seguir, se desprendió hasta el suelo, tiñendo la

nieve de rojo y negro. Aquello le devolvió al mundo real y, asustado, imploró que no hubieran olido el olor ferroso de la sangre.

—Por favor... que no vengan... —murmuró en voz baja.

Entonces lo oyó. Inconfundible. Un aullido bronco, rasgado. Pronto se unió a él un coro de voces guturales. Hasta donde pudo contar eran cuatro o cinco; luego perdió la cuenta.

CAPÍTULO 3

Desde hacía varios días permanecían en aquel lugar. Era un pequeño claro en el que apenas cabían las furgonetas, y que conectaba con una senda secundaria. Decenas de caminos recorrían el valle en un tupido entramado de barro y nieve. Los había principales, otros secundarios y miles de pequeñas sendas que sólo podían recorrerse a pie.

Cuando llegó al lugar en el que debía estar el campamento, ya no quedaba nadie. En su ausencia habían recogido y se habían marchado. Las huellas de pisadas y marcas de rueda desdibujaban el manto nevado, entremezclándose unas con otras.

Ver aquella miríada de huellas le produjo una sensación desagradable. Podía esperarlo de todos menos de Padre. Él nunca lo abandonaría. Siempre le había cuidado. A veces hasta le susurraba al oído que era su favorito. Lo hacía para que el resto no le oyera, pero veía reflejada en sus caras la envidia y el desprecio.

Los perros le observaban extrañados. Parecían haberse percatado de que algo no iba bien, y esperaban impacientes a que su amo les diera una orden.

—Sigamos, no pueden haber ido muy lejos —dijo para sí mismo, señalándoles el camino sin mucha convicción.

El suelo era un cenagal, y cada paso era una lucha por evitar que las botas se quedaran enganchadas. Con cada pisada decenas de burbujas de aire emergían y explotaban en un pequeño restallido. Los perros avanzaban más ágiles, adelantándose y olfateando el aire. Después de hacerlo se giraban hacia su amo en busca de instrucciones.

Él caminaba con el rifle al hombro; ellos iban en furgonetas. Así que, a pesar del lodo y de la nieve, avanzarían mucho más rápido. Por un momento se imaginó solo en el mundo, con la única compañía de los tres animales, y un leve temblor le sacudió.

Tras dos horas avanzando a duras penas, algo cambió en el aire. La noche ya había caído y todos sus sentidos se habían agudizado. Inspiró con fuerza hasta que le llegó el denso aroma de la gasolina que tan bien conocía. Aquello le animó y cabreó mucho a la vez. Su mente era una tormenta de sentimientos contradictorios. Deseaba encontrarlos de nuevo para gritarles y abrazarles. Bueno, abrazarles no; sólo a Padre, aunque sabía

que él no lo permitiría.

Escudriñó entre la oscura masa del bosque pero no logró ver nada. Frente a él, discurría el zigzagueante camino embarrado, rodeado en todo momento por la densa arboleda. Sobre su cabeza, centenares de estrellas poblaban ya el cielo con su titilante brillo azulado.

A lo lejos intuyó el aullido de varios lobos y, de golpe, el olor a gasolina fue sustituido por el de la leña ardiendo. Ya no tenía dudas; estaban cerca. Sintió un alivio instantáneo pero seguía muy enfadado. Lo habían rechazado, abandonándolo a su suerte.

Seguía caminando cuando escuchó el inconfundible murmullo del campamento: risas y gritos. No eran un grupo muy ruidoso, pero después de capturar a aquella familia la gente estaba más alegre de lo habitual. No le gustaba que hicieran tanto ruido; les podía acarrear problemas.

—¡Voy a mear! —gritó un hombre mientras salía del lindero del bosque y atravesaba el camino.

A pesar de la oscuridad distinguió sus andares torpes y desgarrados. Conocía de memoria cómo vestía: vaqueros raídos, botas de monte gruesas y una cazadora, plagada de remiendos, para resguardarse del frío. Además, llevaba siempre una gorra verde pálido, con lana de borrego negruzca por dentro. Alto, moreno y con una incipiente barriga, era lo que se podría llamar un hombre grande.

Los perros corrieron hacia él. El hombre no esperaba visita y echó la mano a la pistola que guardaba en un cinturón cartuchera, pero antes de desenfundar su gesto cambió.

—¿¡Pero qué!? ¡No me jodas, el pequeño idiota nos ha seguido el rastro! —exclamó mientras los mastines saltaban sobre él, chupándole las manos y moviendo el rabo, ansiosos—. ¿Sabes? Te pareces mucho a estos chuchos; te dan un culo que olisquear y lo sigues hasta el fin del mundo —dijo entre grandes risotadas.

—¡Cállate Edd! —gritó rojo de rabia. No simpatizaba con la mayoría de sus compañeros, pero lo que sentía por Edd rozaba el odio. No soportaba a ese cretino. No soportaba su cara, sus chistes constantes y sus tics nerviosos. Además, desde que tenía uso de razón le había hecho la vida imposible.

—Relájate y aleja ese culo de perro de mi vista antes de que te lo patee —dijo mientras se bajaba la bragueta del pantalón.

—¿Por qué os habéis ido sin mí? —preguntó sin hacer caso a la amenaza.

—¿Aún sigues ahí? —dijo apartando con el pie a uno de los perros que comenzaba a husmear en su entrepierna— ¿Y a mí que me cuentas? Sólo soy un mandado. Si quieres respuestas pregúntale al jefe —respondió mientras dibujaba, divertido, una figura en la nieve con su orina.

Sabía que por mucho que insistiera no iba a obtener respuestas. Edd era el mandado perfecto; corto de entendederas y de gatillo fácil. Además, le sacaba de quicio que no llamara a Padre por su nombre. Le parecía una falta de respeto, y ya estaba suficientemente enfadado.

El campamento estaba montado como siempre. Las siete furgonetas se disponían en círculo y en el centro, arropada por el resto, estaba la caravana de Padre, junto a una gran hoguera que iluminaba todo el perímetro. Los bajos de la furgoneta se tapaban con gruesas chapas de madera y acero tachonado, dejando sólo una entrada libre que estaba constantemente vigilada por dos personas. En esos momentos Martina y Viktor hacían guardia.

Cuando pasó entre ambos, le dirigieron una mirada de soslayo y un breve saludo con la cabeza. Se les veía más contentos por el regreso de los tres perros que por el suyo. Y así se lo hicieron saber con grandes carantoñas a los animales.

El fuego de la gran hoguera proyectaba sombras amorfas en el suelo, que cambiaban con cada explosión de calor, fundiendo el negro con el marrón del barro y el blanco de la nieve. Un nutrido grupo de hombres y mujeres se calentaba a su alrededor. Al pasar a su lado apenas le miraron de reojo, sin mostrar mucho interés.

Una chica menuda, de larga cabellera castaña y cara salpicada de pequeñas pecas se levantó nada más verle y, con una sonrisa en la boca, corrió hasta su lado.

—¡Hola Kym! ¿Sabes? —preguntó sin darle tiempo a contestar—. Hemos visto un oso muy cerca y casi lo cazamos. Tenías que haberlo visto, ¡era enorme! —dijo con los ojos brillantes y separando las manos para enseñarle el tamaño del oso.

—¡Vaya Jess! La próxima vez seguro que lo atrapáis. Voy a hablar con Padre —contestó Kym señalando la caravana.

Desde que tenía uso de razón Jess había sido su mejor y única amiga. Era una chica de unos trece o catorce años, quince a lo sumo, que siempre esgrimía una sonrisa en la boca y que era incapaz de enfadarse con nadie. Y ese era precisamente su problema, que no podía. Sufría algún tipo de trastorno mental que le hacía vivir en un mundo paralelo en momentos de estrés. En esas ocasiones no era consciente de lo que ocurría a su alrededor y su mente dibujaba situaciones falsas para hacer la realidad más soportable. En ese caso, la persecución de aquel mocoso se había convertido en la cacería de un oso y no era consciente de que tanto ella como los demás le habían abandonado. Sin embargo no la culpaba; sólo envidiaba su mundo de eterna felicidad.

Mientras Jess volvía a sentarse al lado de la hoguera, Kym observó la caravana de Padre. Era gris clara y la carrocería estaba plagada de manchas de óxido. Pegatinas con decenas de patrones distintos se apelotonaban en las puertas delanteras. Algunas tenían barras y estrellas, otras coronas, las había con animales extraños y otras más simples. Los colores hacía mucho que se habían evaporado. Recordaba con nitidez la primera y última vez que preguntó por ellas a Edd: le llamó idiota por no saberlo y recibió una sonora bofetada. Después comprendió que nadie sabía qué representaban.

A medida que se acercaba a la caravana, la sombra de su propio cuerpo se fue proyectando sobre la puerta metálica, como una masa deforme y grotescamente grande. Su gemela danzaba con cada llamarada y por un momento Kym deseó ser tan grande y feroz como ella.

Cuando paró frente al dintel, inspiró hondo, levantó el puño para llamar y se percató de cómo le temblaba. Lo bajó hasta que su pulso se templó de nuevo y cuando lo hizo golpeó dos veces la chapa. En el interior sonó una voz cálida y autoritaria. Una voz sólo al alcance de unos pocos.

—Pasa.

Con la mano temblándole de nuevo, abrió la puerta y enseguida el tufo a tabaco y sudor le golpeó. Olía a hogar y a recuerdos, y una sonrisa asomó entre su rostro nervioso al pensar que estaba de nuevo en casa.